

## *Contemplar el rostro del Señor<sup>1</sup>*

1. *Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la ley?*<sup>2</sup> Pregunta aquel sabio doctor a Jesús. Y el Señor, pausadamente, ponderando muy bien cada palabra, responde con el Deuteronomio: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente*<sup>3</sup>.

Para todo judío piadoso, no había nada más importante. Esas palabras formaban parte de la conocidísima oración llamada *shemá*, una de las más amadas y repetidas por el pueblo hebreo hasta el día de hoy.

Ahora bien, es evidente que para los hombres, nada mueve más al amor que el saberse amado. Y a nosotros, como cristianos, nada nos impulsa más al amor de Dios que el constatar el amor de Cristo. *Nosotros amamos* –enseña san Juan– *porque Él (Cristo) nos amó primero*<sup>4</sup>. Con su profundidad y precisión características, lo enseña Santo Tomás: *Ninguna prueba de la caridad divina hay, en efecto, tan patente como el que Dios, creador de todas las cosas, se hiciera creatura; que Nuestro Señor se hiciera nuestro hermano; que el Hijo de Dios se hiciera hijo del hombre*<sup>5</sup>.

2. Nos cuenta el Éxodo que un día, caminando el pueblo judío por el desierto de Sin, en medio de la arena y de secos pedregales, experimentó una sed terrible. Aquellos hombres, bajo el sol abrasador, sentían que tanto ellos como sus animales morirían deshidratados. Y, como siempre, ante la adversidad no encuentran mejor recurso que acudir a Moisés. Y Moisés, por su parte, también como siempre, acude a Dios. El Señor en respuesta le ordena que golpee la roca con su bastón para que brote agua y el pueblo pueda beber. Y efectivamente así ocurre<sup>6</sup>.

San Pablo, muchos años después, nos explicará a los cristianos: *Nuestros padres (...) bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual (...) y la roca era Cristo*<sup>7</sup>. El propio Cristo añade en el Evangelio de san Juan: *Si alguno tiene sed, venga a mí; y beba*<sup>8</sup>.

Me parece una bella metáfora para nuestra situación actual. Vamos caminando por la vida que no pocas veces se nos presenta como una travesía por la aridez del desierto. Con una gran sed espiritual. Con verdadera urgencia de claridad y de sentido, en medio de muchas cosas duras e incomprensibles. Y qué mejor recurso podríamos encontrar que acudir a Cristo, qué mejor remedio que buscar ese bendito rostro.

---

<sup>1</sup> Homilía Domingo XXX, A.

<sup>2</sup> Evangelio, Mateo 22, 36.

<sup>3</sup> *Ibid.* 37.

<sup>4</sup> *1 Juan* 4, 19.

<sup>5</sup> SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Exposición sobre el Símbolo de los Apóstoles*, 1, c. 59

<sup>6</sup> Cfr. *Éxodo*, 17.

<sup>7</sup> *1 Corintios*, 10, 3-4.

<sup>8</sup> *Juan* 7, 37.

3. Es bien conocido, en el contexto de la filosofía contemporánea, que algunos pensadores judíos como Emmanuel Lévinas y Martin Buber, explorando en los inagotables tesoros de las antiguas Escrituras del pueblo de Israel, proponen una atractiva filosofía personalista que se apoya en *el diálogo*. En el encuentro entre un *yo humano* y un *tú divino* absolutamente soberano. Un inefable intercambio de palabras de *dos rostros* que gozosamente encuentran, tras una larga búsqueda<sup>9</sup>.

¡Pues avancemos nosotros también por ese sendero! Repito con san Pablo: *La roca es Cristo: ¡Jesús: verte, hablarte!* –predicaba san Josemaría- *¡Permanecer así, contemplándote, abismado en la inmensidad de tu hermosura y no cesar nunca, nunca, en esa contemplación! ¡Oh, Cristo, quién te viera! ¡Quien te viera para quedar herido de amor a Ti!*<sup>10</sup>.

Vayamos, por tanto, al encuentro del noble rostro de Cristo. Sin hacer nada raro, en medio de la vida ordinaria, interrumpamos unos diez o quince minutos nuestra jornada de trabajo, Y, con toda paz, conversemos a solas con Él en un coloquio íntimo y personal. Convenzámonos, con Santa Teresa, de que la oración no es sino: *Estar a solas con quien sabemos nos ama*<sup>11</sup>.

4. Y si lo hacemos junto al Sagrario, ¡mucho mejor! En esta iglesia de san Josemaría tenemos como retablo un imponente Cristo vivo en la Cruz. Ha sido ideado, justamente, para suscitar ese encuentro entre dos rostros, el de Él y el de cada uno de nosotros. Y tengo hoy la gran alegría de informarles que en breve (cosa de dos o tres meses) tendremos abajo, en nuestra capilla, un Cristo resucitado y glorioso, tamaño natural, del mismo escultor español, y encargado con ese mismo fin: facilitar la contemplación.

*Buscaré, Señor, tu rostro (Sal 26, 8). Me ilusiona* –comentaba también san Josemaría- *cerrar los ojos, y pensar que llegará el momento, cuando Dios quiera, en que podré verle, no como en un espejo, y bajo imágenes oscuras... sino cara a cara (I Cor13, 12)*<sup>12</sup>.

5. Que María Santísima nos acompañe en la hermosa aventura de buscar, encontrar y amar el rostro de Jesucristo, para luego contemplarlo en el Cielo por toda la eternidad.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 28 de octubre de 2017

---

<sup>9</sup> Cfr. SAN JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la Esperanza*, c. 31.

<sup>10</sup> SAN JOSEMARÍA, *Santo Rosario*, Cuarto misterio luminoso.

<sup>11</sup> SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de su vida*, 8, 5.

<sup>12</sup> SAN JOSEMARÍA, *Santo Rosario*, Cuarto misterio luminoso.

